

a un vicio introducido por los indigenistas y que todavía causa estragos. A pesar de sus prejuicios intelectuales y sociales, los modernistas tenían cierto respeto por su oficio de escritores. No es sorprendente: se trataba de adoradores de la forma. Los indigenistas, que detestaban el "formalismo" modernista, reaccionaron concentrando toda su atención en el "contenido", en los temas, y desdénaron tanto los problemas de procedimiento, los métodos de la creación, que acabaron escribiendo con los pies. Olvidaron que la literatura sólo puede ser un instrumento en tanto que tal, es decir que un poema o una narración deben justificarse estéticamente para ser eficaces vehículos ideológicos. La significación moral y social de una obra presupone un coeficiente estético. Si no es así, no hay literatura. Las buenas intenciones no sirven para nada si no van acompañadas, o precedidas mejor de eso que los románticos llamaban *inspiración*, los simbolistas *rigor* y los realistas *conciencia profesional*. El escritor tiene un compromiso con los demás y, a la vez, consigo mismo; con su tiempo y, simultáneamente, con su propia vocación. La literatura es un medio, pero también un fin, para ser "útil" debe primero existir. Conviene recordarlo a esos poetas que se llaman "revolucionarios" e incurrir en nuestros días en el error de los indigenistas de hace treinta años: ser un buen poeta no consiste en ser un buen militante.

El fracaso del indigenismo fue doble: como instrumento de reivindicación del indio, por su racismo al revés y su criterio histórico estrecho, y como movimiento literario por su mediocridad estética. Hispanistas e indigenistas levantaron una doble barrera de prejuicios y exclusivismos paralelos que, en la práctica, se tradujo en testimonios literarios inauténticos y falaces de la realidad indígena. Las princesas incas de Chocano son tan irreales como el emperador Títicaca con su peplum de alas de prusia de Alejandro Peralta. Ambas ficciones expresan un mundo por la más frágil y provisional de sus características: el decorado. En definitiva, no son representaciones estéticas, trasposiciones de una realidad, sino simples construcciones del espíritu sin asiento histórico ni social. Por caminos muy distintos, hispanistas e indigenistas fueron víctimas de una misma alienación y responsables de una impostura idéntica.

Los primeros en superar estas contradicciones y romper el círculo vicioso en que giraba la literatura peruana son César Vallejo, en poesía, y José María Arguedas, en la narrativa.

De "José María Arguedas descubre al indio auténtico". En *Visión del Perú*. No. 1, Lima, agosto de 1964.



"perspectivas más ingenuas"

¿Existe todavía el pueblo araucano?

Por Lautaro YANKAS

Cuando el hombre de nuestra América o el curioso de otras tierras vuelve la mirada hacia los orígenes que impulsaron nuestra formación racial y nuestra conciencia de pueblos responsables, la realidad histórica respira hechizada por la leyenda y a veces confundida con ella. ¿La cultura incaica no nos parece diluida en el mito en el momento mismo de enfrentarse al puñado de aventureros españoles? ¿No sucede algo semejante con el imperio azteca? ¿No constituye asombrosa leyenda la epopeya de Arauco, donde España perdió la flor y nata de sus ejércitos en trescientos años de vano intento? (...)

La gesta de Arauco tiene su expresión coincidente en el airoso y cálido poema de Alonso de Ercilla y Zúñiga, el capitán español que arribara a Chile con el gobernador García Hurtado de Mendoza, a raíz de la derrota, captura y muerte del capitán Pedro de Valdivia en la memorable batalla de Tucapel. *La Araucana* recoge la magnética voluntad de una raza que mostró conciencia de su destino y soberbia junto a su ardiente amor por la tierra madre. La bélica historia cantada por Ercilla se confunde, sin esfuerzo, con el mito gracias al espíritu que la encendía. España, asimismo, puso en la hoguera un fervor y un orgullo legendarios (...)

Quienes visitan nuestro país no tardan en hacernos esta pregunta: ¿Existe todavía el pueblo araucano? ¿Qué ha sido de esa raza? (...)

Para quien se haya dado el trabajo de seguir, así sea ligeramente, los estudios hechos sobre formación de los pueblos de América, ya no es un misterio el suceso histórico de la aparición de los araucanos, grupo inconfundible, asentado en ambas vertientes de los Andes, desde el Bío Bío al Toltén por el lado chileno, y por el lado argentino en sus latitudes correspondientes. ¿De dónde vinieron? Esto ya es impreciso, aunque hay afirmaciones que establecen su formación migratoria y aglutinada.

La organización de este pueblo llegó a ser respetable ya antes de la llegada de los españoles y luego hubo motivos que contribuyeron a fortalecer la vida de las tribus y a crear cierta unidad nacional frente a las exigencias de una guerra que amenazaba su existencia. "Casi la totalidad de los pueblos y tribus andinos era agricultores sedentarios —expresa Ricardo E. Latchman.¹ En ellos eran las mujeres quienes cultivaban la tierra y atendían las cosechas" ... "Cuando llegaron los europeos, los hombres ya habían reaccionado contra este estado de cosas y se habían establecido como jefes de familia y en vez de vivir en los hogares de sus mujeres, llevaban a éstas a sus propias moradas." Aspectos del primitivo matriarcado dan a la vida araucana (mapuche) de hoy su carácter curioso, pues vemos que el trabajo de la casa y de la tierra es hecho en gran parte por la mujer. Y si proyectamos un poco el hecho sobre la vida de nuestro pueblo, veremos que la mujer es el peón en la convivencia doméstica. Naturalmente, esto suscita de inmediato un juicio negativo para el indígena, si es observado por una conciencia superficial. Del matriarcado, que involucra la superior autoridad de la mujer y su responsabilidad, la herencia del apellido y de los bienes, sólo queda hoy la carga del trabajo que el hombre ha mantenido sobre los brazos de su cónyuge, por una razón muy natural.

Desde un superior punto de vista, parece majadero insistir en las excelencias de la organización del pueblo araucano, cuyas prácticas revelan la influencia de culturas que, como la incaica y sus antecesoras, asombraron al conquistador español y lo obligaron a respetarlas y aun a imitarlas en muchos aspectos. Demostración de que elementos formales y anímicos de tales culturas habían alcanzado al sur de Chile y prendido en las razas que lo habitaban: el pueblo araucano demostró cohesión, espíritu de lucha, inteligencia, autoridad, entereza y alta dignidad, que los propios españoles reconocieron y elogiaron.

Como sucede con los demás pueblos indígenas de América y de otros continentes, el criollo egoísta, ambicioso y siútico, condena al araucano por holgazán, borracho y ladrón. ¿Qué medida de verdad existe en este duro y beligerante juicio? El indígena que aún sobrevive en nuestra tierra desde el río Bío Bío al Toltén, para no citar sino a los araucanos o mapuches,² trabaja en labores agrícolas con su mujer y sus hijos. Ya dijimos que la mujer recibe gran parte de la carga; pero el hom-

bre que yo he visto en las trillas de Cautín y Malleco (las provincias trigueras del sur), era un mapuche convencido de la importancia de su trabajo y de su responsabilidad como jefe de familia. Es conveniente decir una vez más que el único y principal trabajo del araucano fue la guerra. Pues bien, hoy no tiene ese trabajo y si ara la tierra pobre que le correspondió en un reparto injusto, lo hace porque el hambre lo amenaza y no porque el Estado lo haya educado para ello. El terreno que les pertenece no alcanza, por lo común, a treinta cuerdas por familia y en esta superficie hay mucho cerro no laborable. He visto cosechas de diez sacos con una siembra de cinco... y de esos diez hay que darle más de la mitad al bolichero del pueblo que prestó la semilla. ¿Qué se guarda para la ruca? Con estos resultados, cuya continuidad en cada año hace del mapuche un propietario mendigo, éste desespera, se embrutece y se entrega a la bebida o al robo. Desamparado frente a la competencia y la rapacidad del criollo o del extranjero que se ha instalado en su vecindad, privado de educación útil para su trabajo y para defenderse mentalmente del traficante y de quien quiera engañarlo, el mapuche decide, a menudo, dar su terreno a medias y así dejar pasar los años. Gobernadores, jueces de indios, alcaldes, etcétera, pese a su mandato específico de velar por el progreso y la armonía basados en el trabajo y la justicia, olvidan la condición pretérita del indio y más de una vez, sensibles al caciquismo local, han tolerado y aun precipitado atropellos y despojos.

Veamos ahora si el araucano es amigo de lo ajeno. Quien visite las provincias desde el Bío Bío al sur y muestre curiosidad por examinar los expedientes que duermen en los juzgados, verá que, en su mayoría, allí se plantean juicios por robo de tierras cometidos por criollos o extranjeros en la propiedad de los indios. Hace más de un siglo que están sucediendo estos hechos. Cuando estuve radicado en el sur, hace años, conocí a cierta viuda cuya hija era una temible amazona, que recorría su fundo con revólver al cinto. Cuando no lo hacía ella, era su administrador. La propietaria, de origen extranjero, ha visto crecer su fundo gracias al sistema, muy usado, de correr los cercos al amparo de la noche y de la complacencia funcionaria. Ante una realidad como la descrita, el mapuche quizás podría robar una gallina, un cordero o desgranar algunas gavillas de trigo que no le pertenecen.

El araucano de hoy es aficionado al vino, como lo es el roto, el huaso y la gente media y alta de la ciudad, cada cual en su ambiente y de acuerdo con su educación y su naturaleza. El indio, lógicamente, está inerme contra la tentación del licor. ¿Alguien ha intentado impedirlo? ¿Qué ocurrencia! En tiempos de



"el indio ha sido corrompido"

cosecha, los caminos, las cantinas y las chozas están llenos de mapuches ebrios. Los escasos billetes que reciben del comerciante triguero, que ya les robó en el peso de los sacos, se desvanecen en la cantina, en el triste bodegón. ¿Los turistas no lo han observado? Ah, no, el paisaje es una tarjeta postal con los volcanes nevados al fondo... Desde la conquista española, el indio ha sido corrompido por todos, en un principio porque no era considerado como un ser humano, después porque el negocio era fácil y succulento. Tras el conquistador iba el bolichero, cuyos descendientes claman hoy contra el mapuche ladrón, flojo y borracho. Estos traficantes se instalaban cerca de las reducciones e iniciaban el comercio del alcohol. Preparaban un aguardiente infernal, que denominaban "jamaica", a base de alcohol de madera. Este licor enloqueció a miles de indios, hombres y mujeres, y los arrastró al crimen y a la muerte por la locura. Hoy se les vende un vino barato, que produce en ellos parecido efecto.

Las naciones americanas, en mayor o menor medida, tienen ante sí este problema. Merecen ser estampadas estas líneas del informe entregado por la delegación argentina al Congreso Demográfico Interamericano de México, trabajo publicado en el Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología, en noviembre de 1943: "¿Cuáles son los motivos de la desaparición de las poblaciones autóctonas entre nosotros? La guerra con el español en la época de la Conquista despobló regiones enteras, particularmente de los indígenas más cultos que, por ello mismo, tenían una más acendrada idea de libertad. Diaguitas y omaguacas sucumbieron así, en la primera hora"... "El contacto, aún pacífico, con el blanco, continuó la destrucción, no sólo por la introducción de las grandes plagas —viruela, escarlatina, sífilis—, sino por la forma terriblemente destructora en que se manifiestan en el indígena —falta de los "anticuerpos" vitales indispensables— enfermedades que, como el sarampión y la escarlatina, sólo aparecen en la niñez del blanco en forma benigna. El alcohol de baja calidad y alto dosaje ha contribuido, como pocas cosas, a esa caída vertical de la moral indígena ya empobrecida por la injusticia y el despojo a mansalva. Hoy sabemos que la tristeza, la falta de deseo de vivir, mata como una endemia. Es así como han ido desapareciendo nuestros indios". "Pero habrá que pensar en tenderles la mano y pronto antes que el bolichero procedente de lejanas y exóticas tierras termine con ellos, pues en ellos —y pese a su desmembrada situación actual— está una de las desaprovechadas y cada vez más claudicantes reservas de la argentinidad".

De "Arauco legendario y presente".
En *Atenea* N° 383. Concepción (Chile)

¹ Ricardo E. Latchman. *Algunos factores básicos para el estudio de la sociología prehistórica andina*. Lima, 1942.

² La población araucana de hoy es estimada en doscientos mil individuos.



"¿Existe todavía el pueblo araucano?"